

Los destinatarios del catecismo

Testigos del Señor

«Id al mundo entero y proclamad el evangelio a toda la creación» (Mc 16, 15)

Ana García-Mina Freire

Profesora de Psicología y Vicerrectora de Servicios a la comunidad universitaria y estudiantes de la Universidad Pontificia Comillas

«La necesaria atención a las distintas y variadas situaciones de las personas impulsa a la catequesis a recorrer múltiples caminos para salir a su encuentro y adaptar el mensaje cristiano y la pedagogía de la fe a sus diversas necesidades» (DGC, n. 165).

Las y los catequistas ocupan un lugar esencial en la Iglesia. Gracias a su vocación de servicio, la buena noticia del Evangelio va calando como lluvia fina en todos aquellos que llegan a las parroquias, colegios, comunidades, buscando encontrar a Dios. Pero, pese a su importancia, en muchas ocasiones su esfuerzo y dedicación pasa desapercibido y no somos lo suficientemente conscientes de la complejidad que entraña su labor.

Como todo proceso educativo, educar en la fe requiere de un aprendizaje y de un saber hacer; exige de una intervención educativa personalizada que sea sensible al proceso evolutivo que en cada etapa estamos llamados a desarrollar.

El propósito de esta reflexión es ofrecer algunas pistas desde la psicología evolutiva que ayuden en esta difícil pero apasionante labor pastoral centrándonos en las edades de los destinatarios del catecismo *Testigos del Señor*. 10-12 años: la edad del discernimiento y de la primera síntesis de la experiencia religiosa; 12-14 años: la edad de la primera personalización de la fe.

Para introducirnos en estas edades nos vamos inicialmente a detener en una serie de cuestiones preliminares que se recogieron en los contenidos del libro *Los primeros pasos en la fe* y en el catecismo *Jesús es el Señor*, y que creo que nos ayudarán a situarnos ante esta dimensión vital.

1. La psicología evolutiva religiosa: cuestiones preliminares

1.1. La religiosidad: una dimensión profundamente humana

El sentimiento religioso es una dimensión que nos acompaña desde el inicio de nuestra existencia. Si bien no surge de manera espontánea, vital y psíquicamente estamos preparados para acoger el Ser de Dios, pero para que este proceso sea una realidad, el niño y la niña nos necesitan. Necesitan de una familia, de un entorno educativo, parroquial, eclesial, que sea testimonio del Reino y les ayude a madurar en la fe. Quienes hoy creemos en Dios creemos que su gracia se encarnó en nuestro entorno educativo, familiar, parroquial y de Iglesia, ayudándonos a descubrir que detrás del amor, la misericordia, la solidaridad y la fraternidad está su Rostro, la buena noticia del Evangelio y la experiencia esperanzada del Reino.

La religiosidad, al igual que otras dimensiones esencialmente humanas, requiere del encuentro, del diálogo con los mediadores que van a encarnar el Espíritu en sus vidas. De ahí, la colaboración insustituible de los catequistas. Realmente, si no tuviéramos en la Iglesia personas dedicadas específicamente a esta labor nos encontraríamos con dificultades para propiciar que la gente descubra a Dios en su vivir. Necesitamos una Iglesia misionera, personas con una vocación de servicio que a través de su manera de ser, de catequizar, vayan despertando lo que está llamado a crecer: nuestra dimensión espiritual y religiosa. Las y los catequistas desempeñan un papel esencial en la evangelización. De ahí, la importancia de contar con catecismos que nos ayuden a ser testimonio de Dios y a transmitir su Buena Noticia, siendo sensibles al proceso evolutivo que en cada etapa estamos llamados a desarrollar, atendiendo a la naturaleza multidimensional que esta entraña.

1.2. La religiosidad: una experiencia multidimensional

Aunque siempre partamos de la experiencia, no debemos olvidar que la religiosidad tiene una naturaleza multidimensional. No es lo mismo hablar de la *experiencia religiosa*: actitudes, sentimientos; que de la dimensión *ideológica*: las creencias religiosas que elaboramos; que de faceta *intelectual*, que tiene que ver con los conocimientos y contenidos específicos de nuestra religiosidad; así como de la dimensión *ritualista*, que se compone de las prácticas religiosas, y de la *consecuencial*, que refleja nuestro compromiso como ser creyente.

Este aspecto también es fundamental que lo tengamos en cuenta en nuestras catequesis ya que cada dimensión se desarrolla a un ritmo dife-

rente. Así lo recoge el catecismo *Testigos en el Señor*. Este guarda una estructura en la que pedagógicamente en función del momento evolutivo nos irá ayudando a saber cómo desarrollar en los niños y preadolescentes de 10 a 12 años y 12 a 14 años su conocimiento sobre Dios, su práctica religiosa, su experiencia de Jesús de Nazaret, su encuentro con Dios en la oración, en los sacramentos, en los relatos de la Biblia....

1.3. Fases de la evolución del sentimiento religioso

La dimensión religiosa guarda una estrecha relación con la evolución psicológica de la persona. Aunque nuestros protagonistas estén entre los 10-14 años es interesante que antes contextualicemos estas edades en el proceso que tiene lugar en el desarrollo de nuestra vivencia religiosa.

En la evolución del sentimiento religioso podemos destacar, siguiendo la división clásica de Fowler, tres fases: Una *primera fase*: de 0 a 6 años, que a su vez comprende: 1) el despertar religioso de 0 a 3 años; y, 2) de 3 a 6 años una fe, que como plantean los especialistas en esta área, es una fe intuitiva y proyectiva. En estas edades se forja una primera imagen de Dios a semejanza de cómo son los padres y de la relación que estos establecen con sus hijos. La experiencia de amor, ternura, confianza que vivan en su familia se proyectará en Dios. Las imágenes «padre-madre» determinarán las primeras imágenes de Dios.

En la *segunda fase*, de 6 a 12 años, tiene lugar la primera síntesis de la experiencia religiosa. Una síntesis que será más emocional que cognitiva. A lo largo de estos años, sobre todo de 6-9 años, el pensamiento todavía es bastante mágico y concreto, lo que hace que los conocimientos y el sentir de Dios todavía estén marcados por el antropomorfismo. Su proceso evolutivo le llevará a ampliar sus grupos de socialización por lo que es una gran ocasión para cuidar y potenciar la dimensión social de la fe. De 9-12 años, gracias a su desarrollo cognitivo y a su educación en la fe, poco a poco el niño irá sintiendo la religiosidad como una dimensión de su persona y de su vida. Es el momento de ayudarle a que vaya transformando su dios infantil hacia el Dios de Jesús de Nazaret.

Por último, estaría la *tercera fase*, de 13 años en adelante; en esta fase va a surgir el nacimiento de una fe más personal, que irá caminando hacia una fe más interiorizada, intrínseca y comprometida. A partir de estas edades, el ser humano ya está preparado para hacerse cargo de la dimensión consecencial de la fe e ir viviendo el Reino como don y tarea, como oración y compromiso, como una herencia a celebrar y compartir.

Así pues, la primera vivencia de la fe es experiencial, es sentida y surgida en nuestro entorno familiar. El despertar religioso se basa en expe-

riencias no religiosas pero sí hondamente humanas. Se elabora en el establecimiento del vínculo que vivimos con nuestros padres; por eso es tan importante las escuelas de padres y la catequesis familiar ya que los primeros educadores en la fe son los padres, la familia; y, dependiendo de cómo se comporten y desarrollen, su capacidad de amar se irá gestando la primera imagen y vivencia de Dios.

La educación en la fe es una educación que se va incorporando en el ser humano por ósmosis. Cada etapa en la vida nos ofrece nuevas oportunidades de favorecer el despertar religioso y ayudarlo a crecer. Si en los primeros años de vida es la familia la principal alfabetizadora de la fe, a partir de la escolarización van a darse nuevos referentes con los que iniciar y/o compartir la vida de fe: la escuela, los compañeros, los amigos, la parroquia, la catequesis, la comunidad eclesial...

Vivimos en un momento complejo y difícil. Por circunstancias muy diversas nos encontramos con muchos niños sin referentes, o sin una experiencia vital marcada por el amor. Nuestro papel pastoral en estos casos y a estas edades es esencial. Nosotros podemos ser esos referentes afectivos que les facilite un crecimiento sano y que les ayuden a ir creando una sabiduría del corazón que les permita *a posteriori* poder captar la gratuidad de Dios. Todos estamos llamados a ser alfabetizadores de la fe. No olvidemos que mucho de nuestro primer aprendizaje de vivir lo hacemos por imitación e identificación con aquellos que valoramos e idealizamos. Dependiendo del estilo educativo que el niño y la niña vivan, así se irán constituyendo los cimientos humanos y cristianos. En estas edades, protagonistas de nuestra reflexión, de 10 a 14 años, tenemos la oportunidad de participar activamente para que estos cimientos se asienten en una humanidad afirmada en el Ser de Dios.

2. La edad del discernimiento y de la primera síntesis de la experiencia religiosa: 10-12 años

Como ya se desarrollara en el catecismo *Jesús es el Señor*, a partir de los 6 años, el propio proceso de socialización va a llevar a que el referente vital y primordial que es la familia se amplíe con el colegio, la escuela, los maestros, catequistas y sus compañeros. El niño inicia su vida social. Por una parte, en esta etapa buscarán ampliar sus modelos de identificación y junto con los padres, los educadores emergeremos como modelos a seguir. Estos nos imitarán, nos buscarán, necesitan encontrar otras miradas para vivir, otras formas de estar y comportarse, otras formas de conocer el mundo. Aunque a veces sintamos que apenas podemos influir en sus vidas, la realidad es que podemos realizar una gran labor. Podemos ayudarles a crecer,

a que vayan conociendo su individualidad, a que vayan acercándose a una imagen y experiencia de Dios Padre-Madre amor, gratuidad, cuya fidelidad y alianza con nosotros es eterna y profundamente misericordiosa.

Por otra parte, otro aspecto fundamental que no debemos de olvidar es el protagonismo que a partir de estas edades tendrá su grupo de iguales. Si en las etapas anteriores el niño va a conocer lo que es amar, confiar, compartir a través de su familia, en estas edades lo aprenderá de la mano de sus compañeros y amigos.

Esta etapa como ninguna otra nos brinda la oportunidad de introducirles en valores como el respeto al otro, el compañerismo, la solidaridad, saber compartir y trabajar en equipo. Es importante que estos valores no solo los desarrollen experiencial y humanamente, sino que también los asocien con el Evangelio. Su capacidad de imaginación y fantasía nos puede ayudar a que lean distintos pasajes de la Biblia, a que conozcan a sus protagonistas y reflexionen sobre las parábolas, reconociendo que «esa historia puede ser su historia», y que en ella se nos ofrece una manera de relacionarnos con los demás que nos hace ser más felices y nos lleva a vivir como Jesús de Nazaret.

Aunque siempre sería deseable, en estas edades hemos de cuidar especialmente que nuestras celebraciones sean festivas, alegres, creativas; que sientan cómo la experiencia creyente nos lleva a ser una Iglesia viva, acogedora, atenta, en la que los valores que van aprendiendo del Evangelio los ven reflejados en nuestras reuniones, eucaristías, catequesis. En estos años no solo hemos de ser capaces de atraer la atención de los niños, también necesitamos la presencia y participación de sus padres. Hemos de lograr que nuestras celebraciones sean espacios de vida, de encuentro con Dios y vivencia de comunidad. Es fundamental que ya en estas edades no vivan como algo paralelo lo que es un grupo de catequesis de lo que es la vida de la Iglesia. Como cristianos, les tenemos que ir ayudando a que vivan la Iglesia como una gran familia que nos convoca, y que es una de las fuentes fundamentales de nuestra fe.

2.1. Del dios infantil del niño al Dios de Jesús de Nazaret

Poco a poco, el propio desarrollo evolutivo va ir llevando al niño/a hacia una mayor consciencia de sí mismos y de lo que les rodea. A partir de estas edades van a tener más capacidad de experimentar, reflexionar y profundizar sobre todo aquello que viven. Desearán descubrir, conocer, comprobar... Su mente, y en muchos de ellos toda su persona, les hará estar muy activos, en búsqueda, intentando encontrar su propia forma de situarse ante el mundo.

Nuestras pastorales han de ser sensibles en conectar con lo que en cada momento evolutivo es el motor de nuestro vivir, y, en estas edades, lo que les motiva es conocer el mundo, asombrarse por ello, captar la belleza y genialidad de la creación, compartir el día a día con sus amigos y celebrar la amistad.

Esta motivación, junto con la capacidad que van desarrollando de empatía, hace que este sea un momento especialmente propicio para ayudarles a descubrir cómo todo aquello que viven, descubren, se asombran y comparten está vinculado con el amor gratuito de Dios. En los últimos años de primaria, gracias a su desarrollo cognitivo y emocional, podemos ayudarles a que reconozcan a Dios en el otro, en la amistad, en lo que viven y descubren de la creación. Es una gran ocasión para que se sientan queridos por Dios, para que conozcan de primera mano que la mayor alegría de Dios es nuestra felicidad, y para que sientan su vida como don y regalo. A veces nuestra vida es gris porque no reconocemos la luz del amor de Dios en nuestra historia, es fundamental que desde niños tengamos este aprendizaje experiencial. Este nos capacita para vivir con hondura el sentirnos agradecidos. Solo quien reconoce tanto bien recibido es capaz de sentir en el corazón la experiencia del agradecimiento. Ayudarles a descubrir y a vivirse agradecidos es una de las mejores maneras de que sientan la buena noticia del Reino y se sientan tocados por el Espíritu. Aprovechemos su energía, actividad, dinamismo, curiosidad para que nuestras pastorales les vayan acercando a Dios-Creador, a Jesús-Amigo, a María-Madre, a los Discípulos-Comunidad, al Pueblo de Dios-Iglesia, al Amor de Dios-Agradecimiento.

No debemos olvidar, en estas edades en las que les preparamos para la primera comunión, ayudarles a que vayan teniendo una oración menos mecánica y más cercana y personal con Dios; que vayan sintiendo cómo somos más felices en la medida en que nos dejamos modelar por los valores, actitudes, comportamientos que nos enseña Jesús en el Evangelio; que sentir a Dios como Padre nos lleva a sentirnos hermanos con los demás y que la Iglesia es nuestra gran familia eclesial. Compartir, ser solidarios, ayudarles a que tengan una actitud de servicio y vayan sintiendo la alegría de ayudar a los demás es fundamental en estas edades, en las que el grupo y la amistad se vuelven tan fundamentales.

Por último, si bien al inicio de primaria son incapaces de entender cognitivamente la trascendencia, ya hacia los 12 años su pensamiento, cada vez más abstracto, le permitirá captar intuitiva y muy elementalmente este concepto y vivencia. A lo largo de todos estos años de primaria, gracias al desarrollo cognitivo, emocional y personal y a todas las oportunidades que la vida le va a brindar en la familia, escuela, colegio, parroquia, igle-

sia... Poco a poco el dios del niño/a será catequizado por el Dios de Jesús. Lo que irá favoreciendo el nacimiento de una religiosidad más personal, intrínseca y comprometida.

3. La edad de la primera personalización de la fe: el nacimiento de una fe personal: 12-14 años

Hemos llegado al inicio de la pubertad, al inicio de una etapa en la que surgen los grandes cambios y va a acontecer una revolución vital. En este momento es clave hacer una despedida de la niñez; en estas edades se dedica tanta energía a criticar y rechazar todo lo que se asocia con ser niño y con lo que hasta ahora se ha vivido, que también se pondrá en crisis la religiosidad.

En estos momentos es importante que ellos sean capaces de entender que ser adulto no es romper con todo lo anterior, sino que es evolucionar, transformar y elaborar lo anterior. En estas edades se van a encontrar con un gran reto: crear una identidad sólidamente construida a partir de una serie de principios, valores y sentidos que le den futuro a su existencia. De ahí que nuestra presencia como educadores y catequistas sea tan crucial. En esta etapa nos necesitan para ayudarles a encauzar su necesidad de crecer y hacerse autónomos, para ayudarles a hallar la voluntad de Dios en todas las cosas y también puedan sentir internamente todo lo que implica la experiencia de Dios en sus vidas.

Aunque ya en la etapa anterior el grupo de iguales comienza a emerger como un referente fundamental en sus vidas, a partir de estos años todavía cobrará una importancia mayor y con él «la amistad». Su ser adolescentes les impulsará a ampliar horizontes, a cambiar de intereses, a configurar «su propia cultura». En el grupo de amigos buscarán el apoyo ante un enemigo que se llama adolescencia y que los está descolocando. Los amigos serán sus vínculos vitales más fuertes, con ellos compartirán sus miedos, ilusiones, su día a día. Ahora esto no significa como veíamos, que los adultos desaparezcamos de sus vidas y ya no nos necesiten, por el contrario, nuestra presencia y orientación es fundamental, lo único es que esta ha de hacerse dejándoles más espacio, que sientan que nosotros estamos disponibles y accesibles, que captamos lo que viven y sienten pero que respetamos su silencio, su distancia, su interioridad. Nosotros no sobramos, sino todo lo contrario, pero tenemos que hacernos los «encontradizos» como tantas veces hemos visto hacer en el Evangelio a Jesús de Nazaret.

Por otra parte, en estas edades, en la medida que pasan del pensamiento concreto al abstracto, van adquiriendo una mayor capacidad de cuestionamiento y de crítica «no dejan títere con cabeza», todo lo analizan

y cuestionan. Gracias al pensamiento abstracto van adquiriendo un Dios más simbólico y personal, pero por otro lado es un Dios que pondrán en crisis. No hemos de asustarnos por ello; este cuestionamiento es bueno, nos indica que van creciendo y madurando psíquicamente. Si no lo hicieran podrían quedarse en una religiosidad infantil, heredada del entorno, que todavía necesita ser confrontada e interiorizada.

En esta búsqueda de sí mismos necesitan dar razón a su fe, dar sentido a sus creencias, oraciones, decisiones; poco a poco hemos de ayudarles a vivir la experiencia de Dios como «misterio», de un Dios que es mucho mayor que nuestra teología y conocimiento, de un Dios al que no podemos domesticar.

Hemos de transmitirles la presencia de Jesús como Amigo, pero ya no solo como amigo, necesitan que les descubramos un Jesús modelo y proyecto, que nos está invitando a vivir de una determinada manera. En este momento, hemos de tener cuidado en no solo quedarnos en lo afectivo, también necesitan «doctrina». Evidentemente, es importante cuidar la afectividad de todos y cada uno que componen el grupo o comunidad pero hay que unirlo con un conocimiento, una experiencia, un proyecto de Evangelio. En este momento nuestro acompañamiento es fundamental. Hemos de estar cercanos en su búsqueda y discernimiento espiritual y ayudarles a que vayan teniendo dentro de las coordenadas de su vida los mandamientos, los sacramentos, las bienaventuranzas, así como tantas enseñanzas expresadas en los textos bíblicos, de modo que los vivan como orientaciones que hacen a la vida del cristiano caminar por sendas de justicia, bondad, compromiso y verdad y nos hacen sentir Iglesia. Una Iglesia en transformación, en cambios; una Iglesia controvertida y humana. Una Iglesia llamada a ser experiencia de vida y de esperanza.

4. Ser catequistas: una manera de ser y vivir. Un modelo y referente de Buena Noticia y de experiencia del Reino

«La alegría del evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús» (FRANCISCO, *Evangelii gaudium*).

No me gustaría acabar esta reflexión sin antes dedicar unas palabras a quienes con su dedicación y servicio nos ayudan a hacer de nuestra Iglesia, una Iglesia misionera: los catequistas.

Educar en la fe es una experiencia compleja sostenida por el amor de Dios. Es cierto que, como hemos podido vislumbrar, esto exige formación, guías, catecismos que nos ayuden a transmitir el mensaje de Dios. Y también implica de nosotros ser luz, poder ser camino, y horizontes de sentido

y esperanza para que a través de nuestra persona los demás encuentren a Dios. De ahí que me gustaría acabar esta reflexión con una propuesta a modo de decálogo de lo que creo que como catequistas y cristianos estamos llamados a vivir para ser testigos del Señor.

Ser catequista

Un modelo de vivir

Sano amor hacia sí mismos

Que saben mirarse con verdad, con respeto, reconociendo su vulnerabilidad y potencialidades

Intentan ser auténticas y fieles consigo mismos

Se sienten responsables de sí mismas, y se cuidan

Saben vivir en relación y en soledad, y sus relaciones con los otros son cálidas, cordiales, empáticas

Reconocen al otro como alteridad, como un ser diferente. El diálogo se concibe como un encuentro de individualidades

Cultivan las relaciones de amistad

Se sienten responsables en la tarea de hacer un mundo más justo y habitable y tienen sentidos por los que vivir y un proyecto vital como horizonte

Que saben disfrutar de la vida y tienen habilidad de reírse de las cosas que aman, incluyéndose a sí mismas

Que son un modelo de oración

Como nos recuerda el papa Francisco necesitamos ser catequistas con un corazón orante. Es cierto que la mies es mucha y los obreros pocos, que a menudo nos encontramos desbordados y que fácilmente nuestro día a día es un no parar... Imagino que Jesús de Nazaret también se encontró en una situación parecida, sin embargo él no dejó de hacer silencio, de buscar a Dios en el otro y en la soledad e interioridad de su alma.

Necesitamos volver a la fuente de nuestra vida. Estar abiertos al Espíritu y desde el corazón del Evangelio poner nuestra persona, nuestra limitación y nuestro vivir al servicio de una fe que nos humaniza y que cada día nos invita de manera esperanzada a orar confiadamente a nuestro Padre Dios.